

la historia y la prehistoria, hasta los orígenes del mundo, y, en el contrario sentido del tiempo, á un porvenir que excede el fin de la vida del hombre en la naturaleza, y aun al término futuro de la naturaleza misma; como, por otra parte, también rebasan los límites de la experiencia las construcciones de la imaginación científica y las creaciones de la metafísica.

Este mundo imaginario, creación subjetiva del hombre, adquiere cierta objetividad real por medio del arte, que esculpe en piedra las esfinges, funde en bronce los dragones, fija por la escritura las leyendas, dramatiza en ritos imponentes la mitología, etc.; mas todavía adquiere una mayor y más intensa realidad por la colaboración social, la tradición y la enseñanza. Así, todos los pueblos han vivido, y todavía viven, en este mundo imaginario, con una vida más intensa que la vida práctica del mundo real, y esta vida intensiva ha despertado en el hombre nuevas tendencias, excitando más elevadas aspiraciones, creando más numerosos y más amplios fines á su actividad espontánea y voluntaria. Pues, en la vida psíquica, á todo trabajo exterior, corresponde un trabajo interno, que rehace y modifica y acrece la capacidad del sujeto; la experiencia modela y perfecciona el entendimiento; la prudencia aumenta con la práctica de vivir; y experto se dice de un hombre, que, como Ulises, ha pasado

á través de diversos pueblos y de variados sucesos y ha penetrado la naturaleza de muchas cosas.

En este mundo, compuesto de representaciones reales é imaginarias, se mezcla y confunde lo que es realmente con lo que podría ser y lo imposible; lo que sucede, en efecto, con lo que nosotros deseáramos que sucediera y lo que concebimos que debiera suceder. En este caos aparente, la razón humana, no en pocos días, sino en muchos siglos, primero ha hecho la luz; separando luego las aspiraciones superiores de los apetitos inferiores, ha puesto al descubierto lo que hay de humano en la naturaleza del hombre; ha colocado la ciencia y la justicia como luminarias del mundo intelectual y del mundo moral, creando de este modo, después del mundo de la representación sensible, en que realizamos la vida práctica de los impulsos, y del mundo de la representación imaginativa de vida poética de los sentimientos, un tercer mundo de la representación racional para la vida de justicia de la voluntad, cuya aurora apenas vislumbramos, en que hallarán satisfacción las aspiraciones superiores de nuestro tiempo y en el que se engendrarán y formarán, sin duda, otras más elevadas aspiraciones... ¡si es verdadera la teoría del Sr. Bunge sobre la aspirabilidad!

Renunciando á seguir al autor, conviene hacer aquí punto; mas no será, tal vez, inútil exponer

antes una observación que la lectura de este libro, de un español de América, habrá de sugerir á muchos españoles de España. Y es: que la República Argentina debe estar ya muy cerca de Europa cuando en ella se producen obras, que por las cuestiones que tratan, que son precisamente las que interesan hoy día á los pueblos del Norte de Europa y América, no las que apasionaban á los teólogos de Salamanca y Alcalá en el siglo xvii; por la literatura que se utiliza y cita, que es principalmente la alemana é inglesa, y que en materia de psicología es por ahora la más importante; por el criterio de libre y amplia investigación, que los informa; y por el espíritu de generoso y reformador humanismo, que en tales libros alienta, revelan cómo las varias Españas del otro lado del Atlántico entran por los caminos de la superior cultura contemporánea. Lo que sin duda habrá de causar agrado y satisfacción á muchos españoles de acá, y á los mismos dará materia para melancólicas meditaciones.

Luis Simarro.

Madrid 10 Marzo 1903.

INTRODUCCIÓN

Profeso dos ideas singulares respecto de la psicología:

- 1.^a Que todos los fenómenos psíquicos pueden reducirse á unos pocos términos precisos y á unas cuantas leyes que se engranan entre sí;
- 2.^a Que todos los grandes filósofos, desde la más remota antigüedad, han enseñado doctrinas verdaderas y correlativas, siendo sus diferencias más cuestiones de palabras que de ideas.

Contra estos asertos, quizás arriesgados, puede objetarse que, á lo menos aparentemente, las doctrinas emitidas en el correr de las edades presentan contradicciones irreconciliables, como el espiritualismo platónico y experimentalismo de la actual escuela fisiológica. Que la misma psicología moderna está constituida por escuelas diversas, cuyos autores, como los hombres que construían la torre de Babel, no se entienden; y que, á pesar de que la terminología se ha precisado mucho desde el siglo xviii, son innumerables los volúmenes que se publican estudiando

fenómenos al parecer diversos, y acaso irreducibles á leyes simples y genéricas...

Explícame estas meras *apariencias* por los siguientes factores:

1.º Las supersticiones religiosas han invadido siempre el campo de la psicología;

2.º Las doctrinas de los *summi philosophi* han sido siempre tergiversadas por los pensadores de segundo orden, que no han podido comprenderlas en su totalidad (que si tuvieran capacidad para entenderlas así, habrían sido á su vez originales);

3.º Las traducciones á través del espacio y singularmente del tiempo, han desnaturalizado las ideas originarias de esos *summi philosophi*, como, por ejemplo, cuando simples palabras-símbolos de la dialéctica griega se han trocado después en existencias positivas, cual ha ocurrido con la noción de «alma»;

4.º Se ha confundido lo que pertenece á la psicología con lo que á la metafísica incumbe, lo que es aún de uso corriente en filósofos modernos, que al estudiar, verbigracia, la inteligencia, principian por negar ó establecer la inmortalidad del alma, como si esta discusión encajara dentro del estudio prudente de la psicología y no fuera de simples hipótesis metafísicas.

Todavía en la psicología contemporánea nos hallamos con esta nueva dificultad: *

Quiénes estudian la psicología, por un méto-

do fisiológico experimental (escuela fisiológica), basados en el hecho de que todo fenómeno psíquico es correlativo á un cambio en el sistema nervioso, desprecian la observación interior como método científico; y, á su vez, quienes admiten la observación interna como el mejor medio de sondear las profundidades de nuestra psiquis (escuela intelectualista), se abstraen en cuanto pueden de la fisiología psicológica...

Sin embargo, sólo la fisiología psicológica puede darnos las bases más elementales para estudiar científicamente la psicología; y, por su parte, sólo la observación interna nos puede evidenciar, al menos por ahora, las operaciones más elevadas de la mente humana. Luego, una y otra son bases indispensables para construir un sistema científico; se complementan. Constituye la primera las raíces del frondoso árbol de la psicología; la segunda, su tupida enramada y sus ricas eflorescencias. Despreciar la una es tan absurdo como despreciar la otra. Pocos psicólogos, y casi diría ninguno, las han estudiado simultáneamente. Los más completos se dedican á una cualquiera, sin negar pero sin estudiar señaladamente tampoco la otra. Tales Bain y Herbart, que, basándose en la observación interna, hablan con profundo respeto de la fisiología psicológica; tal Wundt, que, desarrollando la psicología fisiológica, no desconoce la trascendencia de la ob-

servación interna. Pero, hasta ahora, nadie, creo, ha *amalgamado* lógicamente las conclusiones de una y otra, para concretar, en unas pocas nociones fundamentales, la verdadera PSICOLOGÍA CIENTÍFICA.

La psico-fisiología no tiene más que un medio de observación: la fisiología. La que llamo psicología racional posee dos: la fisiología (los fenómenos evidenciados por la psico-fisiología) y la observación interna. Luego, la psicología científica parte de la experimentación física y se eleva hasta la experimentación psíquica. Su objeto es estudiar la psiquis humana para *describir* su fenomenología.

Pero la mente humana ha ambicionado algo más que la descripción de sí misma: ha buscado su origen denominado, y, por consiguiente, el de todas las cosas, la *Causa causarum*,... La ciencia que trata de esas investigaciones sobre «lo Incognoscible» se ha llamado metafísica.

Para razonar sobre lo Incognoscible no poseemos más que un medio: la inteligencia, que concibe la existencia de lo Infinito, aunque no se la explica. Entonces, lo Incognoscible no se puede estudiar sino en la inteligencia misma. Por ello el método científico de una METAFÍSICA POSITIVA debe ser *exclusivamente* psicológico. Por ello llamaría á la metafísica PSICOLOGÍA TRASCENDENTAL.

Su objeto debe reducirse á *deslindar* lo que se conoce y puede conocerse, de lo que, al menos *por ahora*, no puede conocerse... Sus bases son la psico-fisiología y la psicología científica. Importa una agrupación y clasificación de hechos físicos y psíquicos de los cuales se desprenden inducciones generales. Su utilidad estriba en separar los problemas resolubles de la psicología (psico-fisiología y psicología empírica), de los «irresolubles» (psicología trascendental), con objeto de aclarar y precisar positivamente la ciencia de nuestro espíritu.

Por un prejuicio erróneo, originado en reacción contra lo empírico de los escolásticos y los románticos, el vulgo rechaza hoy en bloc toda concepción metafísica del universo. Creo, empero, que, so pena de inestabilidad ó estrechez de ideas, y aunque se trata á veces de ocultarla como una infracción *demodée* á la lógica, todo neopensador debe poseerla. Basta que piense *por sí mismo* para que la posea. Intuitivamente, la posee.

Cuando en la esfera de lo consciente la inteligencia *razona*, procede inductivamente de la sensación á la percepción, y de la percepción al concepto; es decir, del menos al más, del detalle al conjunto. *Esto* es el «método positivo».

Cuando la inteligencia *concibe*, procede induc-

tiva y deductivamente, por operaciones *simultáneas* de abstracción y concreción, de análisis y ontología, de conciencia y subconciencia. *Esto* es, según se presente, el método escolástico, romántico ó apriorístico, llamado también, por antonomasia, «metafísico».

Pero el autor debe, en la modalidad actual del pensamiento humano, *hacer razonar* al lector, porque el lector jamás concebirá originariamente las ideas del autor. Pasaron ya los tiempos en que éste podía invocar, para autorizar su palabra, su propia Divinidad, ó la Revelación, ó la *interna visio*. Por esto, cualquiera que sea su modo de concebir, conviene que en su exposición se cña á una forma inductiva, «positiva», que es más lógica para quien, en el campo de las especulaciones *conscientes*, como el lector, *razona*.

La concepción de una metafísica es, en últimos términos, una *sensación de conjunto*. El autor, para no chocar con el espíritu del siglo y la inteligencia del lector, debe hacerle razonar del menos al más, por el «método positivo», hasta culminar en esa sensación de conjunto, *ultima ratio* de su verbo.

Luego todo pensador original es, por el *modus operandi* de su psiquis consciente y subconsciente, *eclético*, y, en verdad, el adoptar tal ó cual sistema de exposición más es una cuestión de dialéctica que de pensamiento, de forma que de

fondo. Pero por las razones apuntadas (que son, en realidad, dos: reacción antidogmática y comodidad del lector), más que por moda ó por *pose* de seguridad, es eficaz, hoy por hoy, el «método positivo». El hecho de adoptarlo no implica que yo niegue, como niegan muchos «positivistas» empedernidos, la existencia de esas sensaciones, de conjunto, última expresión de la ciencia, que constituyen en todos los tiempos la metafísica. Creo, pues, en la existencia de una *metafísica positiva*. Si los positivistas no *la ven*, ello es por una ilusión de óptica.

Así, aunque me someta al «método positivo» para presentar, ya que no para concebir mis ideas, no comparto, pues, el *horror* á la metafísica de ciertos pseudo-filósofos contemporáneos. Hasta simpatizo, separándome del espíritu de mi siglo, no digo con el dogma hindu, sino con la Divinización que hacían de sí mismos los antiguos tautururgos, y aun con la Revelación de los teólogos. Sólo la inspiración romántica me es antipática, y creo que porque me viene pisando los talones. Está demasiado inmediata para que, imbuido por la reacción de progreso, no me contagie en su odio... Es este un fenómeno semejante al desprecio que produce en las damas elegantes del siglo xx la moda de los tontillos y polisones de la primera mitad del siglo xix; están demasiado cerca para que los admiren como á los cuellos

de María de Médicis y á las ridículas exageraciones de la Pompadour y de María Antonieta...

Pregúntome á mí mismo: si yo hubiera escrito esta obra, como pudiera bien haberla escrito, en éste ó aquél estilo, en otros tiempos, ¿la hubiera basado también en el «método positivo»? Ingenualmente lo confieso, aunque con ello pueda herir los castos oídos de ciertas escuelas modernas, que, antes de Cristo, la habría basado en mi propia Divinización; después, como Santo Tomás, en la Revelación divina; hacia el Renacimiento, en la *interna visio* de Vives y Sánchez; en el Neohumanismo romántico del siglo XVIII, á lo Rousseau, en la Inspiración personal; después de Darwin, debemos fundarla en el «positivismo»... Pero estamos pasando los tiempos de Darwin; ¿en qué cimentarla entonces?... Los adelantos de la biología ya deben considerarse incorporados á las ciencias morales y políticas... ¿Bastará esa sola circunstancia para afirmar que en ellas se sigue hoy un *nuevo* método de investigación, el «positivo», completamente diverso de los anteriormente aplicados por todos los pensadores?...

En el fondo todo es lo mismo. *Vanitas vanitatum, omnia vanitas*. Siempre es la inteligencia creadora la que habla; es la Aspiración humana hacia el más allá del progreso la que obra. Pero ésta, no emerge espontáneamente en cada colectividad; se encarna en el verbo de los «elegidos».

Y cuando éstos comienzan su discurso, nadie los escucha. Entonces tienen que arraigar su enseñanza innovadora en algo que se imponga á la muchedumbre. Cuando la muchedumbre era muy bárbara, el elegido se erigía en Dios. Más tarde, le bastaba con invocar á Dios. Luego, necesitó tomar la *allure* romántica del regenerador humano, nada más que humano. Hoy, debe basarse en la convicción, y convencer por la lógica... Para convencer hay que desarrollarlo todo con hechos: he ahí el «positivismo»... En sí, no es sino una forma nueva del mismo fenómeno de la Divinidad, la Revelación, la Inspiración... Es un *rinforzando* del acorde personal del héroe. Así, en mi fuero interno, aunque reconozco su superioridad como método expositivo de claridad didáctica, *je m'en fiche* de la pretendida clarividencia del positivismo, al que no considero, *en sí*, ni más poderoso ni más exacto, es decir, *más positivo*, que la dialéctica griega ó el silogismo escolástico.—Fijaos, lectores, en este hecho: una hipótesis, la de Lamarck, engendró ayer los modernos descubrimientos de la ciencia positiva; y otra hipótesis, la de la psicología de la célula, los cierra hoy. ¿En qué se diferencia *esencialmente* este positivismo de los demás métodos humanos, que también han procedido planteando hipótesis apriorísticas y comprobándolas después con hechos positivos? En que es *más hipócrita*, porque

disimula mejor los primeros orígenes de sus doctrinas; y en que está *mejor informado*, no porque sea mejor su método, sino porque aparece en una época en que la humanidad ha descubierto más verdades en el orden físico y conoce considerablemente más los procesos antes secretos de la naturaleza. *Voilà tout!*

Entonces, entiendo por METAFÍSICA POSITIVA *una doctrina general del hombre y el mundo, una sensación de conjunto basada en los últimos progresos de las ciencias físico-naturales y expuesta inductivamente en una acumulación de hechos y leyes comprobadas, tales cuales se presentan en el determinismo de la realidad.*

No adopto siempre, como se verá, la terminología de los psicólogos franceses contemporáneos. Ataco y reemplazo, entre otros, el término capital «estados de conciencia», que hasta ahora se ha empleado, impropriamente creo, para significar cualquier *entidad psíquica*, consciente ó subconsciente.

No uso definiciones de los conceptos esenciales, como conciencia, voluntad, placer, dolor, etc., porque nadie ignora experimentalmente lo que significan esos términos, cuyas definiciones son siempre tautológicas. Solamente, cuando hallo algún *hecho* que pueda caracterizar esas entida-

des, especialmente un nexo íntimo, y sobre todo cuando ese nexo generalmente se descuida, lo señalo, más que como una definición, como un nuevo dato.

Empleo algunas expresiones alemanas, como *traducciones ilustrativas*, porque ese idioma, con su facilidad de componer términos con elementos simples y precisos, nos da palabras compuestas eminentemente psicológicas. Por ejemplo, la palabra conciencia se traduce por *Bewusstsein*, compuesta de *Bewusst*, conocimiento, y *Sein*, el ser, la existencia. ¿Qué neófito de la filosofía ignorará que semejante término significa «conocimiento-de-la-existencia-de-sí-mismo-y-del-mundo-objetivo?» *Wahrnehmung*, *Anschauung*, *Allgeist*, etc., etc., son términos que, en alemán, simplifican la tarea del psicólogo, evitándole tautologías, perífrasis y malas interpretaciones. Heine decía que para entender los metafísicos alemanes necesita traducirlos al francés; lo contrario me ocurre con los grandes psicólogos franceses: necesito traducirlos, al menos en sus *palabras conductoras*, al alemán... Verdad es que Ribot, Fouillée, Richet y Guyau, todos facilitan, llegado el caso, la tarea, enunciando entre paréntesis la expresión alemana ó inglesa correspondiente y que presente mayores condiciones de precisión.

En últimos términos, y apuntadas las obser-

vaciones del caso, los propósitos de este ensayo son:

1.º Propender á amalgamar definitivamente todas las *verdades averiguadas* respecto á las funciones y naturaleza del espíritu humano, ya provengan de escuelas idealistas ó materialistas, de la observación interna ó de la fisiología;

2.º *Deslindar* las distintas categorías en que, para su mejor estudio, podría la psicología dividirse;

3.º *Cimentar* la metafísica en el estudio directo de la psicología.

CAPITULO I

La psicología se divide en tres grados, abarca toda la filosofía, emplea todos los métodos y da una metodología única á las ciencias sociales.

El humanista del Renacimiento creyó que debía estudiarse todo, profusamente, sin orden ni método: teología, filología, física, gramática, historia, astrología, ética, literatura, química... Y su característica fué la erudición.—El filósofo romántico del Neohumanismo tendía á pensar á la inversa: que para conocer al hombre le bastaba saberse observar á sí mismo y á los demás en sí mismo; que los conocimientos extensivos podían más perjudicar que mejorar su vida intensiva... Y la inspiración fué su palanca.—El filósofo positivista moderno cree que para conocer al hombre bastan las ciencias físico-naturales; que además sólo la filología comparada puede arrojar alguna luz sobre la etnografía; pero que, en general, todo el conjunto de los estudios morales del pasado son un fárrago inútil de vaguedades é insensateces... Y funda su humanismo casi exclusivamente en la psico-fisiología.—Ninguna de estas opiniones me parecen hoy admisibles: ni la desenfrenada erudición medioeval, que podría gastar la vida en estudios mediocrementemente fructuosos ó infructuosos;